

## **DON MANUEL LARRAIN ERRAZURIZ**

Sabemos los caminos por donde lo llevaron a través del mundo su clara inteligencia, su asombrosa actividad, su maravilloso don de la amistad. No hubo en el mundo un aeropuerto donde un grupo entusiasta de amigos, de alumnos, no esperara un día a don Manuel. No hubo ciudad en América o en Europa donde no diera él alguna conferencia o donde no participara en alguna reunión.

En la Iglesia universal era conocido y más aun querido como un amigo. En los Estados Unidos, Bishop Larraín era nombrado como si hubiera pertenecido a la jerarquía de aquel país. El Episcopado francés le comunicaba todos sus acuerdos como a uno de ellos. En Italia se identificaba, gracias a su agilidad latina y a su dominio perfecto de la lengua, con el mundo católico romano. ¡Y para que decir en América Latina!

En el Congreso Mundial de Apostolado Seglar de 1957, la conferencia de Monseñor Larraín sobre la espiritualidad del laico causó sensación. Se habló de ella en el mundo entero y no hubo revista católica en país alguno que no publicara, al menos, extractos de ella.

Su reforma agraria dió la vuelta al mundo. Los Hermanos de Taizé, monasterio protestante dedicado al ecumenismo, lo veneraban.

El Santo Padre Pablo VI era su amigo personal. Presidente del CELAM, era sin duda la primera figura de la Iglesia en América Latina. Cada palabra, cada actitud de él era reproducida y comentada en la prensa católica mundial. Los gobiernos extranjeros lo condecoraron. El Rey de Bélgica lo esperaba, paragua en mano, en la puerta de su casa, el día en que lo invitó a cenar. Y, sin embargo, él seguía siendo siempre el Don Manuel de su ciudad

de Talca, el Don Manuel de todo Chile, sencillo, familiar, afectuoso, siempre dispuesto a recibir una visita, a prestar un servicio, a casar una pareja de novios, a intervenir en un conflicto, o simplemente a conversar amistosamente, así fuera el visitante un Cardenal ilustre o un simple seminarista. Nadie tuvo como él el talento de ser grande sin dejar de ser sencillo. De ser familiar sin dejar de ser digno. Nadie dejó de respetarlo por ser llano, por presentarse ante todos como era, nervioso, afanado, preocupado de mil detalles, siempre vibrando por alguna causa; ni dejó nadie de quererlo por ser ilustre en el mundo entero.

Don Manuel no despertó nunca envidia, todos se alegraban de sus triunfos humanos, de los que muchas veces él mismo se reía. Célebre en el mundo entero, no dejó nunca de ser el mismo de siempre. Porque era sencillo y profundamente humilde.

Su inteligencia era privilegiada, intuitiva, rápida, penetrante y a la vez segura y equilibrada. Se ubicaba con ese buen sentido sagaz y certero del campesino del valle central. "Sabe mas el diablo por viejo que por diablo", decía a menudo y tras esa expresión chilena procuraba desimular su don innato de percepción intuitiva de los detalles así como de los conjuntos.

Su memoria era proverbial. Conocía mas personas por su nombre que ser alguno que yo haya conocido. Si había estado alguna vez en una casa familiar, no se le olvidaba nunca mas el nombre ni la cara de los dueños de casa, de cada uno de los niños, ni de la empleada que le abrió la puerta o servía la mesa.

En pocos minutos se enteraba del contenido de un artículo o de un libro. Y la precisión y seguridad con que citaba tal o cual pasaje era la mejor prueba de que había captado su sentido en profundidad.

Su cultura era por lo mismo amplísima y siempre renovada. Enseñó durante algunos años Historia de la Iglesia. Conocía y amaba el pasado. Durante mas de 30 años, él introdujo

en nuestro ambiente cuanta novedad surgía en el horizonte del pensamiento o de la vida católica, europea o norteamericana.

Dormía poco, comía menos. Llegaba cansado, a las diez de la noche, de Roma, de Santiago o de Curepto, tomaba una taza de te o una galleta porque, según él "venía muy mal del hígado", y luego contestaba su impresionante correspondencia hasta las dos de la mañana y a las ocho estaba tomando desayuno. Ya había rezado su oficio divino, había hecho su meditación y celebrado su Santa Misa.

Los talquinos se quejaban de que estaba poco en Talca. Podía estar en Paredones, en Pelarco o en Hualleco; en Roma, en Nueva York o en París. Pero la verdad es que, presente o ausente, llenaba Talca y llenaba Chile. Nervioso, temía el auto y el avión. Viajaba en tensión permanente. Pero jamás dejó de aceptar ese pequeño suplicio diario, con tal de cumplir con su deber. Y nunca se excusó de viajar donde fuera, simplemente por cansancio o por temor.

En Don Manuel la polémica fue virtud más que disposición natural. Delicado, sensible, fino, excesivamente bueno, no había nacido para dar o recibir golpes. Y sin embargo se lanzó muchas veces a la pelea. Lo arriesgó todo en momentos decisivos, sabiendo lo que se jugaba. Conoció la incomprensión, el odio no creo. Tuvo sus horas de desaliento, pero muy breves. Entre tanto los acontecimientos le iban dando la razón. Tuvo siempre razón. Su único error fue muchas veces el haber tenido razón diez años antes de tiempo.

Don Manuel pertenecía a una clase social y a una estirpe familiar de rasgos definidos. Era pariente cercano o descendiente de la mayoría de los presidentes de Chile y de los arzobispos de Santiago del siglo pasado y de este siglo. El nunca negó sus vínculos de sangre y de cultura. Pero tuvo el singular coraje de no dejarse nunca tampoco atar por ellos. Jamás su

permanencia a un grupo determinado acalló su voz que hablaba para todos. Nunca sirvió a intereses de nadie en detrimento de la justicia. Nunca calló lo que debía decir por evitarse molestias o desagradados. Solía repetir la frase que se nos dice a los obispos en el día de nuestra consagración: "Llamarás bien al bien, llamarás mal al mal". Y recordaba también a menudo la palabra del Profeta Isaías: "Por el amor de Sion, no callaré. Por el amor de Jerusalén, no tomaré descanso". Y la cumplió.

Dios le había dado el don de la palabra, hablada y escrita. Tenía el talento de decir las cosas con claridad y con fuerza. Profeta infatigable, a quien nadie -solo la muerte- pudo callar o detener, atraviesa medio siglo de historia patria, trabajando siempre, hablando siempre, escribiendo siempre, siempre alerta, siempre vigilante, como el centinela de Isaías, evocado también por él en un discurso inolvidable, anunciando y apurando a la vez una aurora de justicia para todos los hombres, una clara aurora de verdad y de caridad. En medio de tanta diversidad y talento, a lo largo de una vida llena de acontecimientos, Don Manuel mantuvo siempre una gran unidad interior que es el secreto de su sencillez y de su bondad. Y esa unidad consistió en ésto: fue simplemente un sacerdote, un sacerdote santo.

Amó mucho la Sagrada Escritura que leía y citaba continuamente. Amó con pasión la liturgia de la Iglesia y tuvo una influencia decisiva durante 30 años en el desarrollo del movimiento litúrgico en Chile y en América Latina. Constructor de iglesias y capillas, se preocupaba de cada detalle del culto divino. En eso la Catedral de Talca es imagen de su espíritu. Allí el mas ínfimo detalle recibió tanta atención como las grandes líneas arquitectónicas.

Atendía personalmente a mucha gente, como confesor, como director espiritual, como consejero, como consolador y animador. Su acción personal y privada fue

mas amplia, muchísimo más amplia que su acción pública. Ahí el prestigioso obispo desaparecía y el sencillo, fervoroso y celoso sacerdote cumplía en el secreto de las almas su misión de amor.

Prefiero, por no herir sus sentimientos mas íntimos, evocar apenas de paso su piedad sencilla y fervorosa y las largas horas que pasaba en la capilla de su casa episcopal. A él no le gustaría que nadie pretendiera levantar el velo que ocultaba lo mas íntimo de su vida de cristiano y de sacerdote.

Quiero evocar el recuerdo de su amistad con Alberto Hurtado, compañero de toda su vida. Todavía vibran en el aire santiaguino las palabras que le dedicó el día de su sepultura: "Un gran silencio donde ocultar un gran dolor. Eso es lo que el amigo de toda una vida en estos momentos deseara. Pero, si los hombres calláramos, las piedras gritarían!". También gritarían las piedras si los hombres calláramos el recuerdo de Don Manuel.

Pudo haber caído bajo cielos extraños, en cualquiera de las rutas del mundo. Quiso Dios que la muerte viniera a su encuentro en la humilde carretela de un campesino chileno, mientras viajaba de regreso a su querida Talca. Mas de una vez, de regreso de sus viajes, su ciudad le dió su afectuosa acogida. Quiso Dios, para su última llegada, hacerlo mirar desde el cielo la apoteosis fúnebre en que se expresaban la veneración, la admiración, pero sobre todo el dolor y el amor de su pueblo, de ese pueblo por el que nunca cayó, por el que nunca tomó descanso.